

René Brickles Velasco.

LA ESFINGE

I

A través de la amplia ventana abierta como la riente boca de una mujer, alcanzaban a divisarse en el subsiguiente salón, los finos y flexibles cuerpos de las muchachas que pasaban a intervalos una y otra vez, como las figuras fantásticas de la pantalla, danzan—el *trote de zorro* yanqui o el *tango* de los *paisanitos*, enlazadas a los mozalbetes peinados a la gomina; al compás de la mecánica de la radiola, porque el noble Blutchner de los tiempos de antaño, *silencioso y cubierto de polvo*, en toda aquella tarde, fué echado al olvido.

¡Por cierto, nos encontramos delante de una de aquellas residencias felices que el gran bardo de Nicaragua, al llegar por primera vez a Santiago, pobre y vagabundo, contempló desde la Alameda... *la calle de los grandes palacios en que hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol!*

Era la casa de don Juan Guimaraes, figura muy importante de la Bolsa de Comercio y perteneciente a una de aquellas familias de origen extranjero, vinculadas desde muy antiguo, a la aristocracia de la capital.

Se encendieron las ampolletas eléctricas del salón, porque el *five o'clock tea* amenazaba convertirse en

nine o'clock, y los mozalbetes del peinado a la gomina, después de ceremonioso saludo a la pareja, se despidieron y se retiraron.

Toya, la niña de la casa, y sus amigas de colegio Pila, Chela y Chita, se sentaron en el bello sofá de seda y entre las mesitas de jaspe, de patitas gráciles y los espejos de marco dorado *a fuego*, semejaban grandes muñecas o elegantes figurines, maniqués de las vitrinas, y luego pájaros, cotorras, divertidas, monísimas monas que charlaban, jugueteaban y reían...

—¿Te agradaron los chiquillos?

—No, parecían muy María Jesuses...

—Yo le deseo al que bailó conmigo, que se vaya a la Pérgola!

Chela, que se las daba de chistosa había inventado esta expresión.

Las chiquillas apretaban en el sofá sus miembros en apariencia frágiles, pero en realidad elásticos y vigorosos, con el entrenamiento del Tennis, el juego a la moda.

Sabían mezclar sus conversaciones con palabras de inglés y de francés, el poquito que aprendieron en el Sagrado Corazón, donde tuvieron contiguas sus pequeñas alcobas separadas en la sala, por divisiones de cortinas entre las cuales se comunicaban en voz baja.

Continuaron siendo íntimas.

.....
Abriéndose la mampara entró en el salón misiá Delia Wilson, la esposa de Guimaraes, la mamá de Toya.

La bandada de muchachas se levantó ágil y fué a abrazar a la dueña de casa, bulliciosamente.

Chela, la más entusiasta y la más artista, levantó la ebúrnea tapa del olvidado piano y no recordando otra cosa adecuada, hizo resonar los acordes de la célebre marcha de Mendhelsson, en celebración de la llegada de la señora de Guimaraes.

Y ciertamente, su repentina aparición se hubiera

dicho que producía el efecto de la entrada triunfante de una diosa.

Su bata de casa adquiría sobre su cuerpo de estatua una elegancia de realeza exótica, con los fantásticos crisantemos estampados en la seda, grandes hojas rojas intercaladas a otra de intenso amarillo como reflejos robados al sol nipón.

Blanca, rosada, sensual, su belleza evocaba fugazmente una de esas mujeres enigmáticas y ardientes del Tiziano, así como su hija, que en aquel instante la abrazaba también, dejaba adivinar el alma de una joven bacante cuya pasión aun no se despertara.

Apretándose más cupieron todas en el sofá.

—¿De qué conversaban?

—De cine...

—De la muerte de Rodolfo Valentino.

—Ya van quinientas que se han suicidado por él...

¡Qué no lleguen a las quinientos uno!

—¡Patillas de las *enfermas del chape!*

—¡Chicuelas! Quédense a comer...

—Con todo gusto, misiá Delia...

—¿Hay invitados?

—Personas de la Bolsa de Comercio.

—¡Viejos!...

—¿Miembros del Club de los *Pelados?*

—No todos... Squire, el inglés todavía es joven.

—Mande avisar a nuestras casas, misiá Delia.

—En el acto, y yo voy a quitarme la bata y a arreglarme para la comida.

—Nosotras tenemos también que *empolvarnos*...

Y las cuatro muchachas se precipitaron con la presteza de jóvenes hembras, al cuarto de tocador de la amiguita, de Toya, donde ante el espejo, cubrieron los frescos rostros con polvos de arroz, se retocaron de *rouge* los labios purpurinos en cuya sonrisa resaltaban provocativas las perlas de los albos dientes, y apartando los encajes de la camisa, se refrescaron con el

pulverizador, los senos de naciente ondulación, bajo los cuales se ocultaba la fecunda y aun dormida fuente maternal.

Después empaparon los pequeños pañuelos con perfume de heliotropo y encontrándose listas esperaron que los lacayos las llamasen.

II

Comedor inglés-imperio.

Los invitados de Guimaraes, que se sentaban al redor de la grande y sólida mesa en las medioevales silletas de alto respaldo, eran todos *palos gruesos*, personas importantes de los negocios en aquellos tiempos en que cada acción de la Bolsa Comercial valía sesenta mil pesos *contantes* y una del Club Hípico, más de cien mil; pero hombres llanos, sin pose y afectación; cultos, que viajaron por Europa, que casi todos los años emprendían la gira por Buenos Aires, donde daban con mayor libertad que en su país, esparcimiento al espíritu en los cabarets de la gente de pro del Río de la Plata y donde se encontraban a cada paso con viejos amigos argentinos que, palmoteándoles el hombro les decían:

—¡Ché chileno! ¿Qué te habías hecho tanto tiempo?...

¡Pero tampoco en Santiago, en las casas reservadas, con las graciosa milongas criollas no lo hacían tan mal!...

Por lo cual sucedió que antes de los cincuenta años formaban el Club famoso *de los Pelados*, que exigía en la incorporación poseer cráneos relucientes como recién pulido marfil, los que constituyen las calvas simpáticas, aristocráticas, hechas en colaboración por las espiroquetas pálidas, las inquietudes de las noches insomnes que suelen preceder a las liquidaciones de la Mala, y por las locuras de las frecuentes cenas con champagne y damiselas a la moda...

La lámpara del comedor descubría la estampa de una verdadera obra de arte, aunque pesada y maciza como si hubiese pertenecido a una Catedral...

¡Qué hecatombe fuera su caída sobre las marfilias calvas!

Y cuenta que allí se encontraban nada menos que Pérez, el monarca de los carneros de Tierra del Fuego; Acosta, el príncipe de los Durmientes de la Frontera; Carlos Van Guilder, el rey de los importadores del dulce jugo de la caña; Squire, lejano pariente de lord Sandwich, que en Chile hacía honor a su ilustre antecesor, por su afición a los emparedados de jamón y queso y al whisky sour.

Entre los sitios ocupados por los dueños de casa, Guimaraes y su esposa, se veía uno vacío, perteneciente a aquel señor inglés que, llegado a Chile como simple *turista*, se apegó de tal modo a las costumbres nacionales que ahora aseguraba no lo sacarían ni *a cañón*.

Al fin se dejó ver.

No era viejo ni calvo, pues ostentaba una rizada cabellera digna de un don Juan de peluquería.

—Ud., Jorge—le dijo con cierta severidad misiá Delia—va a ser culpable de que los británicos pierdan la reputación de serios y puntuales que habían logrado conquistar...

—Pido perdón—pero yo me *esmera* en respetar las prácticas del país—respondió Squire.

—No está mal contestado para un gringo—observó el Corredor de Comercio Pérez—y esto me hace recordar la respuesta que dió anoche una inglesita de Valparaíso al huaso Encina, que le hacía una oferta demasiado módica:

«Saba, señor, que yo no vive de maní sino de mani»...

«Y dígame, señorita ¿qué significa maní?—le dijo Encina».

«Mani es money, platita... y maní... la semillita

tostada que venden en la calle para las boquitas abiertas» . . .

Un sirviente con librea trajo la sopa de tortuga al mismo tiempo que penetraba en la sala a escanciar los vinos, un muchacho de veinte años, en correcto traje de vestón, que empezó a cortar con un cuchillo los gorros de plomo de las botellas.

—¿Quién es éste?—preguntó sorprendido Guimaraes a su esposa, al ver al nuevo criado a quien no recordaba.

—Es el hijo de Anselmo, del mayordomo—respondió misiá Delia—está reemplazando al sirviente alemán que hubo que despedir hoy por haber cometido una barbaridad . . .

—Ah! . . . ¿Raúl? . . . perfectamente!

En los momentos en que el joven fué al repostero, el dueño de casa dió la siguiente explicación:

—Yo protejo al mayordomo como lo llamo en vez de decir portero, porque en la juventud me prestó un servicio importante . . . En mi casa se ha formado . . . Se matrimonió con la más linda y más condescendiente costurerita particular del barrio y después de que quedó viudo, le coloqué a su hijo en la Escuela Normal de Preceptores, así es que, ya lo ven Uds., estamos servidos por un futuro miembro de la Instrucción Primaria!

Van Guilder, que poseía en su Oficina la más variada colección de efebos existentes en Santiago, no despintó más los ojos, del jovencillo, durante toda la comida.

—¿Por qué se me critica?—decía a veces sin ambages, a sus colegas que lo motejaban.

—Yo no causo perjuicio a nadie, como es el caso con Uds. . . Levanto a gente humilde y la ayudo en el camino de la vida . . . ¡Por mi causa no se llenan los Asilos ni se suicidan niñas honradas y pobres de la clase media!

Sin embargo, Raúl ostentaba ese aire que le pareció

demasiado varonil, que dan los perfiles aguileños, evocadores del revoloteo de las aves de rapiña, y cuando se aproximó a las muchachas a echar en sus copas el rubí líquido del claret, éstas experimentaron *la influencia del macho*, pues furtiva, pero hondamente observaron el contraste de los ojos verdes de Raúl en su rostro fino y alargado, trigueño y ligeramente pálido, que a pesar de ser aún casi imberbe se afeitara con el mayor cuidado.

La conversación giraba como de ordinario, sobre especulaciones.

Los hombres se manifestaban más dispuestos a hablar entre sí de sus negocios, serios y vitales, que a prestar atención a las chicuelas de las cuales los separaba tan gran diferencia de edades.

Ellas, por su parte, cotorreaban a su modo.

Chita, sin embargo, demostrando condiciones de observador, atendía al animado diálogo de *misiá* Delia y del invitado inglés, Squire, que le refería interesantes anécdotas de la vida de la gran metrópoli, Londres, donde, si bien es verdad que hay muchos que por devoción no comen caliente los domingos, otros encuentran medio de profanar los aburridores *holy days*.

—Ud., Jorge, me imagino, no debe haber pertenecido a la fracción puritana de su país, sino a la de los que aquí llamamos los *vividores*—aseveró la dueña de casa.

—Realmente, mi distinguida señora... Yo prefería las salas de baile clandestinas a las prédicas de los ministros; porque, para no faltar a la verdad, no todas las inglesas poseen *piernas de palillo*, como imaginan en Chile... ¡Y a fe que saben menearlas bien, aunque no son capaces de rivalizar con las incomparables chilenas!—respondió Squire con jovialidad.

—Aunque su manera de expresarse es un mucho audaz, queda perdonado por esta vez, Jorge—dijo la esposa de Guimaraes.

Casi a las once terminaba la agradable y aristocrática comida y al encenderse los cigarros se habló de dar conclusión a la velada llevando a las niñas al cine de moda.

Espléndida la idea, mas Toya tenía un gran inconveniente para acompañarlas, pues debería indispensablemente quedarse con la abuela, que era como llamaban a la madrastra de Guimaraes, la señora Williams, que poseía tres millones de pesos y a quien nadie se atrevía a contrariar en lo más mínimo.

En el momento en que los visitantes se dirigían a colocarse sus ligeros abrigos de verano y sus sombreros, Chita dijo a su amiguita:

—Toya... Asomémosnos al balcón como que mirásemos afuera. ¡Tengo algo que decirte, pero temo que te enojés!

—¡No me enojaré!

—¡Tampoco digas una palabra!

Y aproximando su boca al rosado caracol de la oreja de Toya, Chita le dijo en voz apenas perceptible:

—He visto que Jorge Squire ponía un papelito doblado en uno de los guantes de misía Delia...

—¿Y qué infieres de eso?—respondió ingenuamente la otra muchacha, que jamás concibiera algo reprochable de parte de su madre. ¿Cómo sabes sino habrá sido una broma de Squire, a que son tan aficionados los ingleses?

Los elegantes trajes se confundían en el *hall*, mientras marchaban para subir al flamante Packard, cuyos focos iluminaban la calzada.

III

La señora Williams que ocupaba con su pequeño círculo de sirvientes todas las habitaciones del piso alto de la casa y que no saldría ese verano al balneario únicamente porque no fué su voluntad, trataba de

descontar en vida, el valor del legado de quinientos mil pesos hecho a Toya; con exigencias e imposiciones caprichosas; y esta vez logró plenamente acibarar la alegría de la muchacha, obligándola a quedarse en Santiago cuando la *creme* repletaba los trenes en dirección a Viña y Valparaíso.

Misiá Delia y su marido emigraron también, porque no sólo era cuestión de placer sino además de necesidad, exhibirse y arrojar algunos miles en las ruletas del Recreo, para sostener la reputación de riqueza del agiotista.

Toya, reprimiendo su despecho, hizo trasladar los muebles de su alcoba de chiquilla millonaria, a los altos de la *abuela*.

Tendida en un diván procuraba embrutecerse a fin de no sentir la lentitud con que pasaba el tiempo; en cambio la señora Williams, complacidísima declaraba que no existía disparate igual al de trastornarlo todo para un viaje en que se iba en busca de toda clase de incomodidades.

Fué motivo de loca alegría para la reclusa y aburrida niña, la llegada de la primera carta de su madre en la cual le hacía un encargo que la obligó a abrir los cajones de todas las cómodas en busca de un abanico olvidado en la precipitación de la partida, el cual logró encontrar después de revisar entre los innumerables trajes de seda y pieles impregnados del personal y predilecto perfume de su madre; pero en el mismo sitio en que el taimado objeto parecía ocultarse conscientemente, divisó la *cajuela* que misiá Delia manejaba siempre hermética, con llave; pero que al levantarla impensadamente esta vez, se abrió dejando caer un paquete de cartas o esquelas que una fatídica curiosidad impulsó a Toya a abrir y de las cuales sólo tuvo el ánimo suficiente para leer una...

«My darling:

Perdona que empiece con estas palabras de mi idioma

materno que resumen para un inglés cuanto hay de tierno y sincero en su corazón.»

.....
 «Esta tarde en el nido, en el sitio de costumbre.»

¡La misiva a la señora de Guimaraes!

Toya recordó la *intrusidad* de Chita referente a Squire y a su madre, su espionaje en la comida en que estuvieron reunidas escasamente hacia una semana...

Un sollozo oprimió el pecho de la hija, que tuvo la impresión de ver derrumbarse la blanca torre que simbolizaba la perfección ideal de su madre, pero en su infinito afecto filial procuraba disculparla y absolverla fundándose en el proceder de su marido, su propio padre, que según voz corriente, cambiaba de querida por docenas; sin embargo, la carta que esta vez respondió a misiá Delia, no contenía ya las frases aladas y chistosas de otros tiempos...

.....
 ¡Pero aquel brusco desgarramiento del velo de Isis debería serle fatal!

El alma de Toya se sumergió en la consideración de algo informe y grande que la atraía como el misterio del abismo...

¡El dominio de la pasión culpable sobre los seres como un inflexible y satánico monarca!

La conmoción de su espíritu producía una reacción mórbida sobre sus sentidos de mujer...

Un adormecimiento voluptuoso la embargaba al despertar.

Hacía un esfuerzo para vestirse e ir al baño y saliendo a la galería que daba al interior, se reanimaba con el frescor de la mañana y contemplaba el señorial y extenso parque de la casa, con pinos, tilos y araucarias...

En el fondo se encontraba la rústica construcción o *chalet* estilo guarda-bosque en que vivía el mayordomo, el protegido de su padre.

La niña descendía de la galería por la escalera de mármol, obra curiosa del arquitecto que la ideó cuyas anchas balaustradas terminaban en monstruos mitológicos, aladas cabezas de mujer de clásica belleza sobre cuerpos de perras, esfinges.

Toya aspiraba con delicia el aroma de los rosales.

La distraía la contemplación de la actividad matinal de la casa.

El hortelano regaba los árboles con su manguera de goma.

Anselmo, el mayordomo, llegaba matemáticamente a la misma hora, conduciendo al escritorio de don Juan, *el patrón*, en espera de que llegase, los diarios y correspondencia que iba diariamente a buscar a la casilla del Correo.

Era un vejete pequeño y flaco con el aire respetuoso de los criados de casa grande, que la saludaba al pasar quitándose el sombrero.

No tenía el más remoto parecido con su hijo.

Dos protuberancias o montículos de cabellos se levantaban a ambos lados de su frente.

El servicio importante prestado por él, a que se refirió Guimaraes durante la comida ofrecida a sus amigos, consistió en haber consentido Anselmo, echarse encima las responsabilidades de una tremenda pelotera de arrabal, allá en los tiempos de la borrascosa juventud de don Juan, *pagando el pato* y sufriendo el carcelazo...

Sin embargo, cierto día el mayordomo no apareció con el paquete de cartas porque se daba el lujo de irse a Colina a curarse sus reumatismos y era sustituido por su hijo.

IV

Toya insinuó la primera conversación con Raúl.
Chela, Chita, cualquiera de sus amigas hubiera

dicho: —¿Qué hay en este *rotito* que lo hace tan simpático?

Y en efecto, los momentos que pasaba con él le parecían breves: hubiera querido encontrar un pretexto para prolongarlos.

La aristocrática muchacha no concibió que su familiaridad con un doméstico pudiera acarrear la más mínima consecuencia, pero la fresca juventud plebeya, la voluptuosidad del olor a almizcle que emanaba el cuerpo de Raúl, le agradaban y la turbaban...

¡Una noche la imagen del joven sirviente se materializó en sus sueños con las familiaridades nunca experimentadas de un esposo y aun despierta el pensamiento de Raúl continuó dominando su voluntad!

La muchacha experimentó miedo.

Empezó a anhelar un llamado de su familia; una insinuación de la tiránica abuela para marcharse a Viña... ¡Pero esto no ocurrió!

El fuego erótico de las palomas del Templo la enloquecía ya; porque el Destino había encadenado los sucesos para vengar en ella la deshonra de las desamparadas, las infelices...

¡Se creyó perdida!

.....

V

La brisa nocturna refrescaba la caldeada atmósfera de la capital.

Una que otra luciérnaga revoloteaba bajo la umbría de la araucarias.

En el fondo del parque se veía brillar la luz del *chalecito* del mayordomo.

Toya, desde la galería, sintió la atracción de aquel sitio.

Una fuerza la arrastraba—poderosa como las de la naturaleza— como el viento de la tempestad, como el

rodar de la corriente de los ríos, como el germinar invisible de la simiente en la tierra removida. . .

El follaje de los tilos bajo los cuales caminaba tenía ligeros estremecimientos.

Ella también al pasar, experimentaba súbitas contracciones de frío, como si una mano de hielo la tocara en la espalda.

Le latían las sienes.

Su bella mano de aristócrata golpeó el marco de la entreabierta puertecilla:

—Yo soy. . . ¿Se puede entrar?

—¡Ud., misiá Toya!. . . ¿Qué ha pasado algo en la casa?—exclamó, Raúl, levantándose de la silleta colocada delante de una pequeña mesa de escritorio en que se veía abierto un libro.

—Nada de particular. . . Me aburría sola. . . Bajé al parque y se me ocurrió conocer la casita de Uds. Muy mona!. . . ¡Su dormitorio, Raúl, con catre de bronce y una sobrecama muy decente!. . . El cuartito de baño y el *water-closet*. . . Yo hablaré después con mi papá a fin de que le consiga el puesto que me dijo ayer, de la Instrucción Primaria. . . Adiós!

Y la muchacha desapareció de la pieza como si hubiera sido sólo una hermosa visión.

El criado no dió acogida por un instante, a la insensata idea de que una niña colocada en tal eminencia como la hija de sus *patrones*, se hubiera rebajado hasta *interesarse* por él.

Tampoco lo deseara.

¡Es también grata la existencia del molusco, del parásito!

La noche siguiente leía, según su costumbre, a la luz de la lámparilla eléctrica que colgaba sobre la mesa, cuando levantando los ojos la observó otra vez, de pie en el umbral. . .

—¡Ya ve como he vuelto!—murmuró Toya con su

cálida y hermosa voz de contralto. ¡Quiero que en adelante seamos amigos!... ¿Qué leía?

Aproximó otra silleta al lado de la que ocupaba Raúl y miró el volumen.

—¡El Código!... ¿Qué piensa hacerse *tinterillo*?... Oh! ¡Hay un calor insoportable aquí!... ¡La ampolleta caldea la pieza horriblemente!

Sus hombros y sus brazos voluptuosos y torneados, como ofrenda digna de un dios, emergían de la túnica sin mangas; uno de los cuales extendió y con su propia mano torció la llavecilla...

¡La magnífica rosa se doblegaba hasta el suelo para acariciar a la sucia larva!

¡La estrella se reflejaba en las aguas del charco para besar al ridículo batraquio!

Toya, como desmayada, se reclinó sobre el pecho del doméstico...

Este tomó en sus brazos ese cuerpo de mujer que parecía inerte, y a la luz de la claridad de los astros, que penetraba por la ventana, contempló embriagado el rostro de Toya, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, que besó, y enloquecido también por la pasión, Raúl depositó el peso de la niña, sobre su lecho tan pobre, tan impropio de ella...

.....

VI

La muchacha aristocrática, al ponerse de pie, dió algunos pasos vacilantes por el cuarto del sirviente.

Se asemejaba a la hermosa Salambó al retirarse de la Tienda del joven jefe bárbaro, después de haber perdido su virginidad.

Sin decir una palabra salió al parque.

Venus y Saturno arrojaron sobre ella sus resplandores lívido y amarillento.

Llegó hasta la escalera de mármol y su mano se apoyó sobre una esfinge de la balaustrada.

Subió dolorosamente.

Ya en su dormitorio, que irradiaba lujo, no queriendo ir al baño por no producir ruido, se desnudó de su, en parte desgarrada túnica de velo, y notó las grandes rosas de sangre estampadas sobre la seda de su ropa interior...

Después se durmió profundamente.

La preocupación del acto indigno, culpable, que había realizado la mantuvo taciturna durante todo el siguiente día, y aunque se prometía a sí misma que no volvería a la guarida del *mozo*, sabía de antemano que estaba vencida... Aguardó a que la abuela se durmiese, que sus sirvientes apagaran las luces de sus dormitorios y convencida de que no había nadie despierto, salió en puntillas para seguir el fatal camino de la noche anterior.

Esta vez no golpeó.

Empujó la puerta apenas *junta*, del *chalecito*, porque sabía que Anselmo aún no regresaba y que Raúl se encontraba solo.

Le hizo una seña para que extinguiera la ampollita:

—Apaga!... Abreme los broches de la espalda para quitarme el traje, porque se rasgó el de anoche...

Y de pie, con los ojos cerrados como una estatua, sin decir otra palabra, esperó a que el criado la levantara en brazos, como la vez anterior, y la depositase tendida sobre la cama...

Así en adelante.

Mordía los labios del sirviente, en los cuales quedaban señalados los finos y firmes dientes de Toya, parecía querer ahogarlo con sus abrazos en los momentos del espasmo para quedar luego inerte, mientras Raúl la despojaba de su tenue camisa y después de recostar su cabeza entre los pequeños senos de rosa y alabas-

tro, besaba el cuerpo de la chiquilla, sus muslos más suaves que el raso, su vientre de niña, su pelvis con el naciente y rubio pelo de la pubertad recién desarrollada.

Aunque no lo amaba, esclavizada por la sed de goces sexuales, Toya acudía siempre a las nunca omitidas citas, reservada, ardiente, orgullosa.

De tal modo que cuando Anselmo el mayordomo, el padre de su amante, estuvo por llegar, arrojó sobre la mesa un puñado de billetes a fin de que Raúl le entregase dinero sugiriéndole como idea propia del joven, la de ausentarse todas las tardes después de comer para ir a los cines o a los círculos de obreros, a satisfacer su afición favorita del juego de dominó, cosa en que el antiguo criado no se hizo de rogar.

Continuaron así disponiendo de las noches voluptuosas, cargadas de efluvios de aquel estío y de los principios del otoño.

VII

El desenlace...

Las cartas de Viña comenzaban a anunciar la llegada próxima de los veraneantes.

Don Juan Guimaraes se anticipó a venirse, porque renacía la actividad de la Bolsa Comercial.

Esa noche Toya llegó a verse con su amante a la hora acostumbrada, pero otra preocupación la embargaba ahora.

—Me he estado fijando en una cosa rara—dijo a Raúl—¿Cómo te diré?... La *lesura* de las mujeres hace tres meses que no me viene... ¿Por qué será?

Y presintiendo que ésta sería de las últimas oportunidades que se le ofrecieran para apurar el vaso sagrado de sus pasiones de mujer, por única vez entregó al sirviente, algo de su alma con su cuerpo.

Raúl fué a consultar al Farmacéutico amigo, con-

fidente de las enfermedades secretas de sus compañeros los alumnos grandes de la Escuela Normal, de las cuales aquel se logró librar, pues no requirió jamás el amor profesional de las hetairas criollas y regresó poco tranquilizado con el clásico frasquito de apiol.

«Si esto fallaba, el embarazo era seguro.»

La muchacha lanzó sobre él la magnitud de su desprecio.

—¡Era lo que faltaba!... Si esto me hubiera ocurrido con una persona siquiera medio decente, lo remediaría casándome... ¡Pero contigo es imposible!... ¡En fin, lo sabrá mi madre!—agregó hablando para sí misma.

Sobresaltado por la inminencia de aquel escándalo de familia, el joven permaneció en pie, en espera de su padre que a las 3 de la mañana hizo sonar el timbre de la *puerta falsa*, junto al *garage* que daba al callejón lateral por el que tenían salida independiente.

Venía *encopado* y con las piernas no muy firmes.

Raúl nada quiso decirle hasta que se despertó al día siguiente.

El pobre Anselmo quedó consternado al imponerse del suceso...

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—exclamaba con desesperación. ¡Los conozco, los conozco!... ¡Se vengarán de nosotros inventándonos un robo! ¡No dirán las cosas como son!

Después, recobrando calma, discurrió un plan para eludir el peligro:

—Veré hoy mismo al *patrón*; le lloraré para que nos permita irnos y nos dé un certificado de honradez... ¡Hay que irse antes de que misiá Toyita alcance a hablar con la patrona!

Haciendo hincapié en que su hijo tenía diploma y se consideraba humillado sirviendo de *mozo*, el mayordomo comunicó a don Juan su resolución definitiva de retirarse de la casa!

—No hay que tomar las cosas tan a pecho, Anselmo, decía el agiotista. ¡Pero también tienes razón, porque a mí no me pareció del todo bien lo que hicieron obligando a Raúl a servir a la mesa.

Dió al mayordomo el certificado que le pedía, ampliado para su hijo, que Anselmo consideró sería su escudo protector en el caso de una calumnia, además de una gratificación que el viejo servidor recibió conmovido al pensar en el daño irreparable que su hijo causara a la familia de su patrón...

¡Pero no pensaba en la condena judicial que tuvo que sufrir siendo inocente en lugar del egoísta joven Guimaraes de otros tiempos!...

Como su más vivo deseo era irse antes de la llegada de misiá Delia, no perdió un momento en ir a buscar golondrina y carretela, para trasladar los muebles de su antes tranquilo hogar a la casa de Remates, porque el hecho sólo de permanecer en Santiago, cerca de la familia perjudicada por su hijo, le sugería temores de la venganza de esas personas tan poderosas y no pensaba más que en reunir dinero y alejarse con Raúl, de la capital.

VIII

¡Las seis cuarenta! ¡El tren de Valparaíso!

La columna de humo asoma del lado de Renca y la elegante muchedumbre se precipita a los andenes a abrazar a los recién llegados.

Misiá Delia Wilson y sus dos sirvientes que la acompañaron a Viña se reunían con Guimaraes y su hija que fueron a esperarla.

¡Qué de preguntas atropelladas!

—¿No ha venido Anselmo a la estación?—preguntaba misiá Delia mirando a su alrededor.

—Se retiró esta misma mañana de la casa.

—¡Tan de improviso!

Hondas ojeras aumentadas por el cansancio y el polvo del viaje, contribuían a hacer más perceptible el estado de inquietud que revelaba el rostro de la esposa de Guimaraes.

Toya se demostraba también poco comunicativa, distraída.

La angustia de la madre provenía del temor de haber dejado abierta la cajuela de las cartas compromitentes, antes de su salida de Santiago, de lo que no se encontraba segura; y a fin de convencerse luego por sí misma, manifestó su deseo de regresar a la casa, acompañada sólo de su hija, en un auto particular, dejando a su marido la tarea de acarrear con los bultos en el coche propio.

Subió con la niña y alzó los vidrios delanteros para que el chauffer no los escuchase.

—¡Toya!—le dijo tomándola ambas manos y mirándola profundamente en el fondo de los ojos. ¡Dime con toda franqueza!... ¿Abriste la cajuela que estaba en uno de los cajones de mi cómoda?

La niña guardó silencio.

—Ah! Entonces ha sido así... ¡Fué un olvido fatal!

—Perdona a tu madre—agregó la bella dama—porque, mujer al fin, soy débil, pero he roto definitivamente con Jorge...

—Mamá—repuso Toya—bajando los ojos con vergüenza. ¡Soy más culpable que Ud.!

—¿Qué sucede?

Nuevo silencio de su hija.

—¿Has hecho alguna locura?... ¿Estarás acaso en cinta?... ¡Aún así se arreglaría todo, porque no hay hombre que no se diese por feliz al casarse con una chiquilla como tú: linda, además de ser de familia y con fortuna!

Continuaba el silencio de Toya.

—¡Dime al menos su nombre!—exclamó trémula misiá Delia.

—¡No me obligue mamá!... ¡Me muero de vergüenza!... ¡Es un sujeto muy bajo!

—Ay... ¡Ahora comprendo de quien se trata!... ¡Por eso es que se fueron tan de repente, como fugados!... ¡Qué inmensa desgracia!, pero también trataré de arreglarlo—concluyó la atribulada madre.

.....

IX

A fin de sepultar bajo una lápida de precauciones, el triste secreto de Toya, de modo que ni aun su propio padre pudiera jamás columbrarlo, misiá Delia resolvió proceder fuera de la capital.

En el cerro de la Cordillera, en ese barrio de Valparaíso habitado por gente humilde, que no conocen ni son conocidos de nadie, residía la persona a quien pensaba acudir...

¡La *matrona*, sobre cuya conciencia pesa la responsabilidad de uno de los más graves problemas de todos los tiempos, es decir, la resolución a adoptar ante la disyuntiva en que coloca el criterio reinante a la mujer de alta situación ante el peligro de ser descubierta en su desvío, del tan a menudo convencional, sendero de la castidad.

¿Qué es más formidable?

¿Aceptar el azóte de la saliva de los insultadores o valerse del procedimiento asesino de suprimir el débil, indefenso organismo al cual se niega el derecho de asomarse siquiera un día a la existencia?

¿Arrojar de nuevo entre las sombras a una quizás blanca espiritualidad que llegaba ansiosa de derramar afectos entre los hombres?

Pero la resolución adoptada era irrevocable.

Desde el lecho que le dieron en la Clínica, Toya con

el rostro oculto por una máscara, presenció a sangre fría, pues no quisieron valerse del cloroformo, los preparativos...; los trajines del médico o practicante, cubierto por un delantal albo como una sobrepelliz, la desinfección de las herramientas; escuchó el hervor cariñoso del agua en el anafe.

La niña confortada con estimulantes, sintió la intromisión helada del acero en su vientre semi insensibilizado y momentos después vió al operador que levantaba un envoltorio sangriento...

¡Era lo que quedaba de su hijo!

Dos días más tarde se practicaba la sutura de los tejidos desgarrados, que restablece la ilusión de la virginidad material.

Al anochecer se reunía con misiá Delia en la sala de recibo de aquella lúgubre casa y se abrazaban llorando...

Toya pudo observar muchas hebras de plata que en el breve espacio de una semana, aparecían en los cabellos de su madre.

X

En el melancólico principio del invierno de aquel año, la niña eludiendo recibir visitas, se distraía en contemplar desde una gran ventana de la suntuosa casa, la solemnidad de los ocasos en las tardes de Santiago, en que el sol, después de incendiar el poniente con sus arreboles sangrientos como las entrañas apuñaeadas de un gigante, proyecta la apoteosis de sus reflejos en las montañas de las Condes.

Otras veces veía caer la lluvia glacial, gris, incesantemente; y las figuras de los pobretes que pasaban bajo los paraguas le traían un recuerdo de su amante, del mayordomo y del criado, el Preceptor, a quien se complacía en imaginar degradado, en espantosa miseria...

¡Ojalá estuvieran muertos!

Pero en su alma orgullosa nacía, sin embargo, un sentimiento tierno como la flor que crece en el precipicio nevado de los abismos: *el afecto a la pequeña criatura a quien le habían asesinado*, que fuera un gracioso niño como los que corretean gozosos e inocentes con sus compañeros de la Casa de Huérfanos y que no hubiera conocido jamás el nombre de su madre.

Pero el Tiempo, que arroja su bálsamo inmortal sobre toda clase de heridas, continuaba produciendo un efecto divino sobre Toya.

Gradualmente volvía a buscar la compañía de los demás: los teatros, las reuniones sociales.

Seducciones nuevas aparecían ahora en ella...

¡Después de su forzado alumbramiento semejava un gran flor que se expandía en pleno desarrollo!

Llamaba en el acto, la atención de los hombres.

Su paso era ahora más ondulante, más lento, más voluptuoso.

Se presentía en Toya a una de las futuras reinas de los salones... ¡Sin embargo, en fugaces momentos, se trasparentaba también bajo la prodigiosa belleza de su rostro, el pavoroso secreto de la Esfinge!

Pertenece René Brikles a la generación literaria anterior a la de 1900, es decir a la que se forma entre los dos instantes de más alta tensión trágica que ha vivido el país: la guerra del 79 y la revolución del 91. Es una generación liberal y batalladora, cuyo punto de arranque es el célebre *Club del Progreso* y que más tarde se agrupa en torno a los diarios de mayor resonancia del tiempo: *La Epoca*, *La Libertad Electoral* y *La Ley*. Forman entre otros, en esta generación que tiene plumas brillantes, Bruno Larraín Barra, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda, Marcial Cabrera Guerra, Enrique Matta Vial, Gustavo Valledor, Federico Gana, entre los muertos. Entre los que aun viven y cuya labor literaria cuenta entre las mejores, debemos mencionar a Emilio Rodríguez Mendoza, Luis Orrego Luco, Angel C. Espejo, etc. Esta generación, igual que la de hoy, tuvo su punto de reunión en la librería de Carlos Baldrich, en la calle de Huérfanos. Brikles tiene en su haber una de las buenas novelas chilenas *Los Ultimos Proyectos de Eduardo Castro*, obra llena de observación y en la que el autor traza, con sobrio realismo, cuadros llenos de vida de la revolución del 91. Aparte de esta novela Brikles publicó cuentos en casi todos los diarios y revistas del tiempo. Acaba de terminar una novela sobre la Patria Vieja que es un bello cuadro de las guerras de la Independencia.—(N. de la R.)